

HISTORIAS

Raúl, el director del taller literario, nos pidió en la primera sesión que cada uno de nosotros citara un cuento, una historia que nos hubiera parecido hermosa. Me tocó empezar a mí.

- Una vez leí un relato (no recuerdo el nombre del autor) sobre un hombre que le tenía pánico a la lluvia. Va donde un siquiatra. El siquiatra le cura la fobia. El hombre se expone a la lluvia. La lluvia lo mata.
- ¿Y no es una historia horrenda?, me increpó Sonia.
- A mí me parece bella, le respondí cándidamente.
- Como va a ser bonita la historia de un hombre que quiere mejorarse y que por eso se muere, me increpó Sonia mirándome con cara de loca. Me mosquéé.
- Seguramente tú lees esas historias de amor que escribe Corin Tellado, le dije.
- Pues claro que las leo, respondió. Y si te parecen malas también está Romeo y Julieta.
- Ni se te ocurra compararlas, contesté a estas alturas ya gritando. - Eres una ignorante que no sabe que Romeo y Julieta terminan muertos. Y no tienes idea de lo que es la belleza. Eres una cursi. Una pobre ilusa que cree que un cuento es bueno por su tema, terminé.

Creo que Raúl nos había dejado pelear porque nuestra disputa le interesó, y tal

Irving De Vore

vez también porque le divertía un poco. Pero a esas alturas ya nos pidió calma. Pensé que le iba a dar la palabra a Sonia. Pero lo hizo con Antonia, quien mencionó un cuento de Cortázar. Después comentaron dos talleristas más, y el tiempo se terminó. Cuando salí, vi que Sonia me seguía.

- Hey, exclamó.

Sorprendido y algo alarmado, la esperé.

- Sin rencores, me dijo.

Sonia era una mujer más cerca de los cuarenta que de los treinta. No era ni fea ni atractiva. Llevaba un vestido estampado que no le desentonaba. Me tendió la mano. Se la estreché.

- Está bien, sin rencores, le dije con sinceridad.

- No vivo muy lejos, continuó Sonia. Podrías ir a mi casa. Vivo sola y no me vendría mal algo de compañía. No pienses mal. Sólo compartir una charla y algo de vino, si quieres.

Acepté.

Era una casa antigua, como varias otras que resistían el destrozo inmobiliario en ese sector. Se veía grande, y supongo que de verdad Sonia era la única ocupante. En el recinto al que me hizo pasar había un par de sofás, una mesa redonda con una botella de vino y algunas copas, en las paredes unos pocos cuadros con motivos convencionales. Flores, marinas, cosas así. En un retrato aparecía Sonia, más joven y acompañada por una dama de edad. Supuse que era su madre. Sonia salió del cuarto y volvió con un platillo con maní. Me pidió abrir el vino. Lo hice, y ella escancié las copas.

Irving De Vore

- La historia que mencionaste, ¿es tuya? ¿La sacaste de alguna parte?, me preguntó.
- Pero si no te gustó, contesté iniciando una sonrisa.
- No dije que ahora me gustara, terció. Sólo sentí curiosidad.
- Me parece que la leí en una antología cuando aún estaba en el colegio, comenté alzando los hombros. No consigo recordar más.

Sonia asintió y levantó la copa. Lo hice a mi vez. Por supuesto, no me di cuenta cuando me drogó. Pero en la siguiente escena yo estaba atado a una silla y Sonia enfrente mío con los brazos puestos en jarra.

- Me imagino que como te gustan las historias macabras te va a encantar la que estás a punto de protagonizar, doctor Sonter. Estudiaste psiquiatría en Buenos Aires, ¿verdad?

No me dio tiempo de contestar. Salió y volvió con dos objetos. Uno de ellos era la foto que me mostró. En ella se veía un hombre boca abajo, en un charco de agua y con las ropas empapadas.

- Es una foto de mi padre, posterior al tratamiento que le diste, me dijo Sonia. Así estaba cuando lo encontraron.

El segundo objeto era un cuchillo.